

1. Prólogo.

Florentino Portero (Analista de GEES)

Las ciudades de Ceuta y Melilla son, en la mente de la clase política española, sinónimo de problema internacional. Por encima de cualquier otra cosa son percibidas como el objetivo de una demanda soberanista marroquí, país que ha impuesto su voluntad en casi cada una de las exigencias que ha planteado al gobierno español desde su independencia hasta nuestros días. La sola excepción, aparte de ambas ciudades y otros pequeños territorios, es el islote de Perejil. Este áurea de problema dificulta que nuestros dirigentes sean capaces de ir más allá, de fijar estrategias en el largo plazo. Dificultad sin duda agravada por el abismo existente entre las dos grandes formaciones políticas españolas en materia de acción exterior, que impide la definición de estrategias y la ejecución de políticas que vayan más allá del corto plazo.

Marruecos es nuestro vecino y, por lo tanto, nuestro problema. Lo que allí ocurra nos afectará directamente. No es por tanto extraño que nuestra diplomacia haya vivido obsesionada por cómo gestionar este asunto. Tanto liberal-conservadores como socialistas han puesto de manifiesto, en momentos distintos, debilidades e inseguridades. Hemos llegado a presenciar giros copernicanos, como el efectuado por Felipe González, que pasó de defensor acérrimo de la causa saharauí a valedor de la monarquía alauita. En términos generales la política española ha actuado bajo dos ejes. Por una parte el convencimiento de que en Marruecos la Monarquía, es decir un régimen autoritario vertebrado en torno al Rey, es un elemento positivo para contener las corrientes islamistas y actuar como eficaz motor de modernización social. Por otra, la limitada disposición de la sociedad española para mantener posturas de fuerza, disposición ampliamente compartida dentro del propio servicio exterior, que desaconsejaría cualquier enfrentamiento diplomático de consecuencias imprevisibles. Ambos ejes parecen converger hacia una política de buen entendimiento, con cesiones constantes a Rabat a cambio de una actitud benevolente para solucionar los problemas inmediatos -pesca, emigración ilegal, narcotráfico- y ganar tiempo respecto a Ceuta y Melilla. La disposición de Felipe González a hablar del futuro de las dos ciudades o la cesión de Rodríguez Zapatero en la cuestión del Sáhara son ejemplos de esta clásica estrategia de apaciguamiento. En el medio plazo, la creciente inversión española, aunque escasa en términos comparados, generaría una tupida red de intereses compartidos que actuaría como elemento de moderación en caso de tensión.

Sin embargo, con la perspectiva que da el tiempo no está claro si la monarquía alauita contiene o alienta el islamismo. La contundencia de la represión no deja lugar a dudas, pero el escándalo social que producen determinados comportamientos unido al subdesarrollo son el caldo de cultivo del radicalismo. Que la sociedad española es pacifista es evidente, tanto como que el liderazgo político ayuda a generar estados de opinión. No parece que Aznar tuviera problemas de opinión durante la crisis de Perejil. En cualquier caso, si nos dejamos enredar en la tela de araña de la disputa soberanista, ambas ciudades perderán sus mejores oportunidades de desarrollo, sus expectativas de futuro y, a la postre, entrarán en decadencia. Sólo desembarazándonos de esas ataduras, dejando meridianamente clara la soberanía nacional sobre ambas ciudades y la disposición a defenderlas hasta las últimas consecuencias, podremos aprovechar sus potencialidades hasta el punto de generar cambios sustanciales en nuestras relaciones con Marruecos.

El trabajo que nos presenta José María López Bueno, que tuvo su origen en una Tesis de Doctorado defendida brillantemente en la Universidad Autónoma de Madrid, explora precisamente los terrenos que más nos deberían interesar a la hora de definir una estrategia para Melilla. Esta bellísima ciudad es uno de los puentes entre Europa y el Magreb. El contacto es cotidiano y el mutuo conocimiento se remonta a siglos. En Melilla, como en Ceuta, una parte considerable de la población es musulmana. Tenemos, por lo tanto, unos extraordinarios recursos humanos para facilitar una relación económica y social entre la urbe y su entorno, un área particularmente poco desarrollada a pesar de la excelente y hermosa bahía natural de Nador. La relación se hace aún más intensa si tenemos en cuenta que es una de las fronteras del mundo en la que la diferencia de nivel de vida es mayor. Melilla es, inevitablemente, un foco de atracción para su entorno, el centro económico más importante, pero también el cultural, educativo y de salud. Como señala el autor “Diariamente cerca de treinta mil nadorenses entran y salen de Melilla”, “Cerca de un 25% de la atención sanitaria del Hospital Comarcal de Melilla, de 175 camas, se realiza a personas no pertenecientes al sistema nacional de salud”, “el 50% de los partos registrados en Melilla corresponden a mujeres marroquíes que no residen en esta ciudad”. De lo que se trata ahora es de actuar hacia el exterior.

Ya he hecho referencia al interés tradicional de la diplomacia española, y también de la política comunitaria, por dirigir inversiones hacia Marruecos con la intención de colaborar en su desarrollo y facilitar así, en el medio y largo plazo, su estabilidad. Esta perspectiva es plenamente compartida por la elite gobernante marroquí, más interesada que nadie en garantizar la estabilidad interna mediante un progreso sostenido. Sin embargo, tanto esas elites como la Administración Central han demostrado ser parte del problema. El estudio de López Bueno apunta hacia una vía complementaria: utilizar los programas de cooperación de la Unión Europea para establecer proyectos de desarrollo regional, diseñados en función de sus problemas y características específicas. Centrándonos en el caso de Melilla y de la vecina provincia de Nador la idea es establecer acuerdos desde la ciudad española con municipios próximos, a partir de unas bases mutuamente acordadas, para canalizar fondos hacia actividades de mutuo interés. La ciudad se convierte en el foco del proyecto, lo que hace que la gestión sea más directa y barata. Dejamos a un lado las grandes estructuras administrativas y los centros de poder político para concentrar nuestra actuación sobre el objetivo deseado.

Este modelo de cooperación para el desarrollo abre expectativas sobre un combate más eficaz contra la corrupción y un efecto inmediato en entornos, como es el caso del área de Nador, particularmente atrasados. Al mismo tiempo, refuerza la estrecha relación del entorno marroquí con Melilla, subrayando su carácter de foco de modernización y bienestar regional.

Las propuestas de López Bueno son algo más que medidas de orden económico. Lo que está en juego es una visión sobre el futuro de las dos ciudades españolas, en el marco de las relaciones con sus respectivos entornos marroquíes y a través de mecanismos de beneficio mutuo que redundarían en una relación más intensa y en mayor prosperidad. Puesto que los objetivos parecen de interés general conviene estudiar a fondo las muchas y sensatas ideas que se contienen en este excelente trabajo.